

HAITÍ

DESPUÉS DEL 12 DE ENERO BARAJEMOS NUEVAMENTE LAS CARTAS

Suzy Castor

Traducción: Liz Urdanivia - Wong

*En memoria del profesor Jean Anil Louis-Juste
vilmente asesinado unas horas antes del sismo.*

Todos somos sobrevivientes del 12 de enero 2010. Los treinta y tres segundos que tembló la tierra a una magnitud de 7 grados en la escala de Richter arrojó un dramático balance: 200,000 muertos, 250,000 heridos, más de 4,000 mutilados, millones de traumatizados, un millón y medio de personas sin casa, más de 500,000 desplazados, pérdidas materiales y dramas personales, familiares, organizacionales y nacionales.

Un terremoto conmovedor

Ese momento ha quedado grabado en la memoria de cada haitiano de la zona metropolitana y distritos aledaños, en un abrir y cerrar de ojos le ha dejado trazas imborrables. Vienen a la memoria los mínimos detalles, los hechos y sensaciones de ese momento... Se sigue pensando en aquel minuto, en aquella decisión, en aquel acto hecho o el que no se hizo y que marcó la diferencia entre la vida y la muerte... Aún nos persiguen tercamente los gritos sin eco en la búsqueda de un ser querido, la esperanza ante la evidencia, la angustia de no poder sacar vivos a aquellos que se comunican aún bajo los escombros, el derrumbe de las casas, edificios, residencias, fruto de tantos sacrificios, que se han llevado para siempre los recuerdos de toda una vida, la mirada perdida de los sobrevivientes mostrando la tragedia y los interrogantes... Las pérdidas inmateriales, imposibles de medir, acentúan mucho más el vacío que sentimos todos. El descubrimiento del horror que púdica o teatralmente se reveló y sigue revelándose ante nosotros, poco a poco, en toda su dimensión... y la vida debe continuar a pesar de las frustraciones, las penas, las carencias y sobre todo la insoldable ausencia de los seres queridos, con las heridas abiertas o la tristeza tímida que nos cubre.

¡Loas a la solidaridad entre haitianos! Si el país ha logrado sobrevivir al caos de los cuatro largos, largos primeros días, a pesar de la ausencia del gobierno, de la MINUSTAH, de la policía nacional, los bomberos, la ayuda internacional; si el fuego y la violencia no se dieron cita inmediatamente, si a pesar de todo la vida continúa y se ha organizado, es gracias a esta solidaridad e incluso heroísmo de muchísimos

haitianos, de toda edad y de toda categoría social. Fuera de toda organización y prácticamente con las manos vacías, brigadas de ciudadanos y de personal de primeros auxilios se propusieron benévolamente salvar a los sobrevivientes que se encontraban bajo los escombros o auxiliar a los heridos, con pocos medios, pero mucho ingenio. Sábanas blancas salidas quién sabe de dónde tratando desesperadamente de dar una cierta dignidad a esos miles de cadáveres de parientes, amigos o simplemente desconocidos.

En medio de esa caída apocalíptica de la ciudad y de los símbolos del Estado, muchos, quizás inocente e ingenuamente, soñamos ver, la mañana del 13 de febrero, al Presidente, de pie delante de ese palacio de gobierno, casi completamente destruido, acompañado del equipo de gobierno y de todos los antiguos presidentes de la república que han vivido en carne propia esos terribles momentos. Deseábamos tanto en estos momentos de prueba escuchar un discurso a la nación, pidiéndonos que nos cogiéramos de las manos, que movilizáramos todas nuestras fuerzas para salvar la patria en peligro, que anunciara inmediatamente ciertas medidas de apoyo con los pocos medios que tenemos, que nos recordara que formamos una sola nación, un solo país y que afirmara con convicción que en esta nueva etapa de nuestra vida como pueblo, nada continuaría como antes del 12 de enero... ¡Qué pena, no fue así!

Nos descubríamos desamparados ante el representante oficial de la ONU, Heidi Annaba, los casi 200 profesionales experimentados o jóvenes, civiles o militares, provenientes de 25 países, encuadrados en su misión internacional. El clamor de la solidaridad de los gobiernos y de los pueblos aumentó de manera extraordinaria. La calurosa amistad venida de fuera nos dio, en todo momento, mucha fuerza. Las voces de países vecinos como República Dominicana, Cuba, Estados Unidos, Canadá y las de otros países de América Latina, Europa y el resto del planeta, hicieron suyo intensamente el dolor de Haití y se pusieron de inmediato a la búsqueda de acciones concretas de apoyo al país hermano.



La primera fase del post-sismo, salvar a los sobrevivientes que se encontraban bajo los escombros, quedó sobrepasada. Incluso si hubo hechos increíbles, como aquel bebé aún con vida luego de 10 días de estar enterrado en un edificio completamente derrumbado o de sobrevivientes rescatados después de 14 días, al día de hoy podemos afirmar que no hay signos de vida bajo los escombros. Comienza entonces el camino largo de la fase segunda, el de la urgencia, de la rehabilitación y de la construcción inmediata, del corto y mediano plazo.

Las destrucciones materiales han llegado a niveles insospechados. La reconstrucción de los edificios públicos (el palacio presidencial, legislativo, y de justicia, los ministerios, etc.), las escuelas, las iglesias, los comercios, fábricas, casas tanto en los alrededores como en los barrios de las clases medias o de la burguesía, las infraestructuras destruidas y tantas otras más, necesitarán importantes inversiones. Las pérdidas en vidas humanas representan el balance más dramático pues cada vida es única. Y sin embargo, es preciso señalar la desaparición de centenas de profesionales o de funcionarios enterrados en los edificios destruidos de la función pública. Por otro lado está el inmediato éxodo masivo hacia el exterior y quizás de manera definitiva, de miles de profesionales, estudiantes universitarios, colegiales y escolares. La carestía en recursos humanos que sufre Haití, y que está en aumento después del 12 de enero, tendrá un fuerte impacto en el futuro de la nación.

Un millón y medio sin vivienda, las fuentes de trabajo en los sectores formales e informales volatilizados. Las consecuencias del terremoto lejos de circunscribirse a la zona metropolitana han afectado profundamente a todo el país. Efectivamente, la gigantesca ciudad de Puerto Príncipe, con su población imposible de dirigir ha arrojado, primero en forma espontánea y luego impulsada por el gobierno, 500,000 refugiados en las provincias. De esa manera se ha puesto al descubierto la ausencia de viviendas e infraestructuras de servicio y las grandes limitaciones administrativas y financieras de nuestras ciudades. Ya se anuncian problemas mucho más grandes, inherentes a nuestra nueva situación, si no son puestos desde ahora los medios para evitarlo. Naturalmente se impone la descentralización, pero, ¿cómo administrarla?

Todo cambia para los actores

Esta catástrofe, cuya magnitud nadie hubiera imaginado, ha revelado muchas imperfecciones políticas y sociales. Desde hace mucho tiempo, las alertas repetidas de los especialistas y no especialistas dejaban presagiar lo peor si no se tomaban medidas adecuadas. La construcción anárquica de casas residenciales así como de casuchas miserables plantadas en las montañas circundantes o la multiplicación de ciudades paupérrimas nacidas a orillas de numerosos riachuelos, desafiando toda regla sanitaria, de urbanismo, de deforestación, reunían las condiciones de una muerte anunciada de la zona metropolitana.

Es verdad que la solución de los problemas incumbe a los ciudadanos, pero en primer lugar a los poderes públicos. Si bien en el momento del sismo aceptamos otorgar al presidente y sus ministros el beneficio del estupor que paraliza —inaceptable en los dirigentes—, es hora de ver y sentir que el Estado toma el problema en sus manos y adopta las medidas exigidas por la nueva situación. La incapacidad de nuestros dirigentes en la previsión y gestión de la catástrofe, así como su absoluta dependencia de la ayuda esperada del exterior, han sido evidentes. Ninguna orientación para la gestión de la ayuda humanitaria, ningún plan de urgencia. Si después del 16 de enero algunas medidas han sido adoptadas poco a poco, no es menos cierto que un plan gubernamental estratégico y coherente para lanzar al país por el camino de la reconstrucción y, sobre todo, un llamado a las fuerzas vivas de la nación, rechazando toda posición de clan y de intereses de grupo, aún no ha sido presentado hasta la fecha.

Elegimos un presidente por cinco años y su mandato acaba el 7 de febrero 2011, es decir, 374 días después del 12 de enero. Un reposicionamiento real del presidente y de su gobierno se impone, de lo contrario, la presión de la protesta de la población les obligará a tomar medidas indispensables, algunas de las cuales podrían ser impopulares. Para estar a la altura de este momento histórico, el presidente deberá definir su papel, mostrar su liderazgo y asegurar la conducción del país. Se impone para él la necesidad de fortalecer a la nación, orientar la construcción y la reconstrucción de nuestras infraestructuras y estructuras y proyectarse hacia el futuro. Debe asumir, si

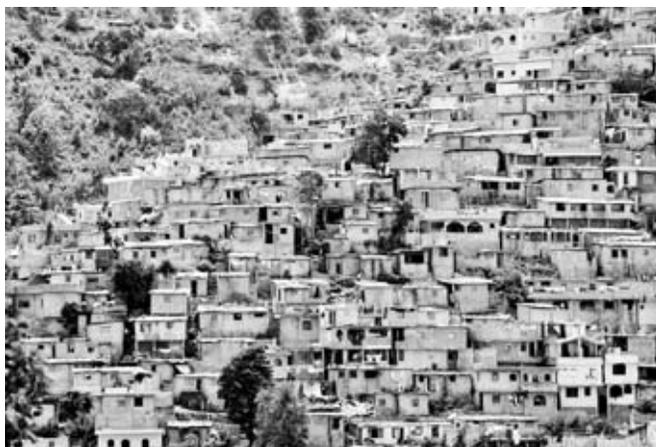
se da el caso, la renovación del gobierno actual, y tomar la iniciativa de someter formalmente proposiciones a los partidos políticos, a los diferentes sectores de la sociedad civil y a la población en general.

Quizás no sea falso afirmar que nos espera lo más difícil y que la reconstrucción y la construcción incrustadas en nuestra crisis estructural serán largas. Los partidos políticos y la sociedad civil organizada, que contra viento y marea, incompreensiones, avances y retrocesos, han realizado la difícil tarea de su estructuración, tendrán que abordar de manera consensual y con el gobierno esta coyuntura que exige mucha visión, sacrificios e ir más allá de uno mismo.

La debilidad de los partidos políticos es patente. El movimiento de reagrupación iniciado hace tiempo ha encontrado un catalizador para llegar a ofrecer, a pesar de los intereses diferentes, una alternativa a la nación. Ausentes inmediatamente después del cataclismo, tienen que construirse junto con la población, especialmente en esos momentos de intenso sufrimiento; dar a conocer su programa y su proyecto de sociedad en un lenguaje accesible a todos los sectores, pues en el mundo actual la comunicación sigue siendo un instrumento primordial. Convertidos en interlocutores obligados del ejecutivo y de lo internacional, sus proposiciones (por ejemplo, los 16 puntos presentados por ALTERNATIVA) y su crítica constructiva deberán orientar, siempre en el interés de la nación, la adopción de medidas y contribuir a la solución de los problemas cruciales del país.

La sociedad civil organizada también ha estado ausente y es frágil. Este post-sismo le ofrece la ocasión de dinamizarse, de organizarse en sectores para ofrecer proposiciones de solución capaces de asegurar la buena marcha de la reconstrucción en sus diferentes aspectos. La sinergia constructiva con los partidos políticos abrirá el camino para soluciones fructíferas, las orientaciones juiciosas y la total participación en esta empresa que fuera de sus aspectos materiales conlleva el nacimiento de una nueva sociedad. Pues, aquí, nadie debe equivocarse. Nada será como antes del 12 de enero. Para salir de esta crisis de múltiples aspectos que sufre la sociedad haitiana desde hace mucho tiempo, las rupturas son, más que nunca, obligatorias. En este proceso se construirá el liderazgo individual y colectivo que tanto nos hace falta.

Es de repetirlo, Haití no puede hacer frente de manera eficaz a la urgencia de la catástrofe y a la reconstrucción si no es contando con la ayuda internacional que, de hecho, se ha manifestado de mil maneras y ha sido extraordinaria y conmovedora. Incluso se han dado situaciones inéditas, como es el caso de Cuba, que abrió su espacio aéreo a los aviones militares americanos. La militarización de la ayuda humanitaria y la llegada —exagerada e incluso irritante— de 16,000 marinos americanos para acompañar



esta ayuda, obliga a pensar y suscita sospechas, que sin embargo no nos autoriza a compartir la opinión de aquellos que hablan de ocupación, salvo si hay datos que los haitianos no conocen. Es verdad que los primeros días hubo ciertos deslices en lo que respecta a la gestión del aeropuerto y las protestas de Francia, Cuba y Brasil acerca de las formas de distribución de la ayuda. A pesar de las voces que denuncian el Protectorado o la ocupación de Haití, se podría pensar que el nuevo orden mundial no se presta a tal comportamiento en América Latina.

Sin embargo, una realidad salta a los ojos. El vacío provocado por la ausencia del Estado y del gobierno ha alimentado la tutela paralizante que vive Haití. Omnipresente y todopoderosa, la comunidad internacional en sus diferentes componentes (embajadas, instituciones internacionales civiles o militares, ONG extranjeras), casi siempre se encuentra desarmada frente al vacío. Pero desgraciadamente, muchos entre ellos aprovechan para actuar como les da la buena gana. Una vez más, después del 12 de enero, se ofrece la ocasión para rectificar el tiro. En coordinación con los partidos políticos y la sociedad civil, el poder haitiano puede llegar a ser el verdadero interlocutor, con un plan estratégico para orientar como se debe la cooperación. Sólo de esa manera podremos evitar la agudización de la dependencia y dar un verdadero sentido a la cooperación internacional.

Es bueno señalar que Haití, por razones históricas y otras, juega un papel en la política interna de tres países. La política norteamericana, tradicionalmente heterogénea, podría oponer la visión del Pentágono y el Ejecutivo. El éxito o el fracaso de esta salida post-sismo tendrían consecuencias en las decisiones del presidente Obama. Por otro lado, el presidente Leonel Fernández en República Dominicana, adoptando con rapidez y presteza una política que busca abrir una nueva página en las relaciones haitiano-dominicanas, parece haber tomado por sorpresa a los “nacionalistas” dominicanos. Se tendrá que seguir con mucha atención esta nueva configuración que se está dibujando. Finalmente, el Brasil del presidente Lula, en la afirmación de su política internacional, ha apostado por

Haití, con un refuerzo fraternal de los lazos culturales y afro-americanos que unen a los dos países.

Barajar de nuevo las cartas

Los grandes desastres pueden provocar grandes sismos políticos y sociales y con frecuencia representan un cambio en la vida de los pueblos. El sismo de 1972 en Managua-Nicaragua, con un dramático balance de destrucción de la ciudad y cerca de 6,000 muertos y 20,000 heridos, provocó un verdadero cataclismo político para el régimen somocista, que no estuvo a la altura de la situación. Así, la crisis se agudizó y contribuyó a fortalecer el movimiento sandinista que se enrumbó por el camino del triunfo en julio de 1979. De la misma manera, la inadecuada gestión del terremoto que destruyó en septiembre de 1985 la ciudad de México, marcó el comienzo de la pérdida de hegemonía del PRI, que, sancionado en las elecciones de 1988, conoció su primer fracaso electoral en el 2000 con la pérdida del poder luego de un reino de más de 71 años. Así podría citarse el caso de Guatemala en septiembre de 1976; la avalancha de lava del volcán del Nevado de Ruiz en Colombia en noviembre 1985; el sismo de El Salvador en enero 2001 y, para terminar, el huracán Katrina en agosto 2005, que tuvo una fuerte repercusión en el gobierno de Bush y el partido republicano de los Estados Unidos. En Haití, en la gestión de la urgencia post-sismo, si los 600 campos de damnificados levantados espontáneamente en la zona metropolitana y los problemas de los refugiados en provincias no son atendidos eficazmente, las explosiones sociales, rápidamente convertidas en levantamientos políticos, pueden ser un fuerte riesgo.

Es verdad que en estos momentos las medidas de reconducción son más difíciles. Con la pérdida, en gran parte, de lo poco que teníamos, el país se encuentra damnificado. Serán muchas más las capas sociales que se encontrarán en el desamparo más completo y las desigualdades sociales serán más profundas. Pero también se nos ofrece una oportunidad. Deseamos ardientemente que este 12 de enero marque el momento de un nuevo comienzo para nuestra nación. Sin embargo, no debemos ocultar que las oportunidades no siempre dan a luz una vida nueva. En nuestra reciente historia, las coyunturas portadoras de esperanza de 1986, 1991 y 2004 han sido las citas frustradas que han marcado las vicisitudes y la prolongación de la crisis de la transición haitiana de los últimos 24 años. Las oportunidades no llegarán a concretarse espontáneamente, para transformarse en realidad, ellas exigen condiciones y acciones.

El camino será largo y quizás muy difícil dadas las condiciones de nuestra reciente evolución: *el laissez Grenen*, un Estado ausente, la auto-satisfacción, *le chire pits*, la corrupción, la incapacidad de una concertación, la

exclusión social y el cáliz bebido hasta el punto de ser siempre señalado como el país más pobre, más corrupto, más dependiente, más incapaz, etc. La continuidad nos conducirá al abismo. Muchos ciudadanos, considerando el comportamiento actual de ciertos actores claves del momento, se preguntan con angustia y dudan del sueño de una reconstrucción grandiosa, aprovechando la oportunidad para una entrada de Haití en el siglo XXI con una población de pie y unida, que va desde el Estado haitiano hasta los gobiernos extranjeros, del sector privado a la diáspora haitiana, de las ONG's a los sectores populares y la clase media. O, al contrario, ¿vamos a instalarnos en una anomalía convertida en normalidad, como en los casos de Gonaives o de Fonds Verretes?

Después que los periodistas internacionales se hayan ido y que las luces de las cámaras puestas sobre Haití se hayan apagado, otros eventos atraerán la atención del mundo y ocuparán la actualidad internacional. El momento de Haití se irá poquito a poco. Pero la cooperación internacional y la solidaridad de los amigos de Haití se mantendrán firmes. Sin embargo, las mejores iniciativas que sin duda alguna pueden ser buenas en sí mismas, como por ejemplo la nominación por las Naciones Unidas de Clinton como jefe de la reconstrucción de Haití o las numerosas conferencias de los garantes de fondos al exterior, los consorcios de países amigos, la donación de millones de dólares para la reconstrucción, la constitución de fondos para el desarrollo de la educación, la salud, etc., sin un interlocutor válido, se realizarán sin el actor haitiano y no podrán darle ni su verdadero sentido ni profundidad a esta reconstrucción. En efecto, si los cambios de comportamiento, de mentalidades, no se realizan, la reconstrucción física del país, en el mejor de los casos, será obra quizás de lo internacional, que sustituirá al Estado haitiano.

A 206 años de la conquista de la independencia, incumbe a los haitianos hacer frente a la dura responsabilidad histórica de transformar una oportunidad en realidad. Volver a fundar la nación para retomar dignamente su lugar en el concierto de naciones y hacer realidad el sueño bicentenario que ha atravesado la historia de nuestro pueblo: la ciudadanía plena para todos los haitianos.

Puerto Príncipe, 6 de febrero 2010 

Suzy Castor. Historiadora haitiana, directora del Centre de Recherche et de Formation Economique et Social pour le Développement (CRESFED). Estuvo exiliada varios años en México, acompañada de su esposo Gerard Pierre-Charles, colaborando ambos como profesores en la UNAM. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.

Liz Urdanivia – Wong. Escritora peruana, residente en París. Es corresponsal de *Archipiélago* en Francia.